
Entrada libre

El historiador, entre la búsqueda de lo universal y la búsqueda de la identidad*

Eric Hobsbawm

Tomado de *Historia Social*, núm. 25, 1996, pp. 81-90.

I

La mejor manera de iniciar esta reflexión sobre algunas de las dificultades a las que se enfrenta el historiador podría ser referirse a una experiencia concreta. A principios del verano de 1944, cuando el ejército alemán se retiraba hacia el norte de Italia con la intención de establecer, a lo largo de la llamada "Línea Gótica" en los Apeninos, una mejor línea de defensa frente al avance de las fuerzas aliadas, sus unidades llevaron a cabo una serie de masacres, que normalmente se justificaron como represalias contra las acciones de los "bandidos" (es decir, partisanos) locales. Cincuenta años más tarde algunas de estas masacres perpetradas en la provincia de Arezzo, y que hasta ese momento habían quedado en el recuerdo de los propios supervivientes de los pueblos y en los escritos de los historiadores locales de la Resistencia, fueron el motivo de la celebración de un congreso internacional sobre la memoria de las matanzas alemanas en la Segunda Guerra Mundial.

El congreso reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y Estados Unidos, sino también a supervivientes de dichas matanzas, viejos resistentes y otras personas interesadas. Ningún tema podía tener un carácter menos estrictamente "académico", incluso aunque ya hubieran pasado cincuenta años desde que en Civitella della Chiana 175 hombres fueran separados de sus mujeres e hijos, fusilados y arrojados a las llamas que devoraban las casas de su pueblo. Por ello, no resultó sorprendente que el congreso se celebrara en un ambiente inusual cargado de tensión e intranquilidad. Todo el mundo era consciente de que asuntos de una gran importancia política, incluso existencial, estaban en juego. Los historiadores presentes no pudieron evitar "s'interroge(r) sur sa mission et ses responsabilités vis-à-vis des exigences du temps présent". Después de todo, sólo dos sema-

Todo el mundo se sentía incómodo. Los supervivientes de la época de la Resistencia y las matanzas estaban inquietos porque iban a salir a la luz hechos que, como bien sabía la gente de esos pueblos, estaban mejor donde estaban. ¿Cómo, si no a través de un tácito acuerdo para enterrar los conflictos del pasado, podía el mundo rural haber recobrado una cierta “normalidad” después de 1945?

nas antes Italia había elegido el primer gobierno desde 1943 en el que se incluían ministros fascistas. Un gobierno, por otra parte, que hacía profesión de anticomunismo y que mantenía la tesis de que la Resistencia de 1943-1945 no había sido un movimiento de liberación nacional y de que, en todo caso, pertenecía a un pasado tan remoto que era irrelevante para el presente y debía ser olvidado.

Todo el mundo se sentía incómodo. Los supervivientes de la época de la Resistencia y las matanzas estaban inquietos porque iban a salir a la luz hechos que, como bien sabía la gente de esos pueblos, estaban mejor donde estaban. ¿Cómo, si no a través de un tácito acuerdo para enterrar los conflictos del pasado, podía el mundo rural haber recobrado una cierta “normalidad” después de 1945? (Un historiador norteamericano escribió un agudo artículo sobre este mecanismo de silencio selectivo en el pueblo de Istria, de donde era originaria su mujer croata.) Los viejos partisanos y, por supuesto, la opinión pública de la mayoritariamente izquierdista región de Toscana, vivían con inquietud un momento en el que la República Italiana rechazaba oficialmente la tradición de la Resistencia contra Hitler y Mussolini, que ellos (y con razón) consideraban la piedra fundacional de dicha república. Los historiadores orales (jóvenes y presumiblemente izquierdistas) que habían entrevistado o reentrevistado a los habitantes de los pueblos para preparar el congreso se llevaron una enorme sorpresa al descubrir que, al menos en un pueblo fuertemente católico, sus habitantes culpaban de la matanza no tanto a los alemanes como a los jóvenes de la localidad que se habían unido a los partisanos y que, en su opinión, habían lanzado de forma irresponsable a sus familias al desastre.

Otros historiadores tenían sus propias razones para encontrarse incómodos. Era palpable que a los historiadores alemanes presentes en el congreso les perseguía el recuerdo de lo que sus padres habían hecho, o habían dejado de hacer. Casi ningún historiador no italiano, e incluso algunos italianos, había oído hablar antes de las matanzas en cuyo recuerdo se había organizado el congreso: un perturbador recordatorio de la pura arbitrariedad de la pervivencia histórica y de la memoria. ¿Por qué unas experiencias habían llegado a formar parte de la memoria histórica general y tantas otras no? Los historiadores rusos presentes no ocultaban su creencia de que centrar la investigación en las atrocidades nazis era un modo de desviar la atención de los horrores del estalinismo. Los especialistas en la historia de la Segunda Guerra Mundial, al margen de cuál fuera su nacionalidad, no podían evitar preguntarse, cincuenta años después de ocurridos los hechos, si las matanzas de inocentes en aquella primavera —que afectaron, según se dijo, a más del uno por ciento de la población total de la provincia de Arezzo— estaban justificadas frente al hostigamiento, relativamente pequeño en términos militares, sufrido por unas fuerzas alemanas que, en cualquier caso, estaban planeando retirarse en cuestión de días, o cuando mucho, de semanas.

El tema mismo del congreso, la atrocidad, era imposible de contemplar desapasionadamente. Con acierto, la atención del congreso no se centró exclusivamente en la microhistoria local, sino que se estudiaron las atrocidades en gran escala del genocidio, algunos

de cuyos más distinguidos historiadores se encontraban presentes. También se dedicó atención al problema más general de cómo tales hechos son, o pueden ser, recordados. Pero mientras oíamos, en la reconstruida plaza de un pueblo reducido a cenizas cincuenta años antes, la cuidadosa narración de los hechos ocurridos aquel terrible día de 1944 tal como nos la ofrecían los supervivientes y los hijos de los muertos, no podíamos evitar darnos cuenta de que el tipo de historia que hacemos no es solamente incompatible con la que ellos hacen sino que, en cierta forma, la destruye. ¿Qué tipo de comunicación existía entre el historiador que entregaba al alcalde del pueblo la transcripción de los informes sobre la matanza realizados por el ejército británico unos días después de ocurrida, y el alcalde que la recibía? Para el historiador se trataba de una fuente de archivo de primera mano, para el alcalde suponía un refuerzo para el discurso conmemorativo del pueblo; un discurso que los historiadores tendemos con facilidad a considerar en parte mitológico. Sin embargo, ese relato conmemorativo era una manera de asumir un trauma tan profundo para Civitella della Chiana como el holocausto para la totalidad del pueblo judío. ¿Podía nuestra historia, diseñada para comunicar de manera universal aquello que puede ser comprobado a través de la evidencia y la lógica, aportar algo a la memoria de los hechos que, por su naturaleza, no pertenecía a nadie sino a ellos mismos? Una memoria que, por esa razón, los habitantes del pueblo habían guardado durante décadas para sí mismos, del mismo modo que habían rehusado, haciendo gala de un tacto que nosotros no teníamos, indagar los detalles de la matanza en un pueblo cercano porque no era su pasado sino el de sus vecinos. ¿Tiene algo que ver el tipo de historia que nosotros hacemos con el suyo?

En resumen, este acontecimiento ilustra de una manera dramática el conflicto entre universalidad e identidad en la historia, así como los problemas del historiador para enfrentarse al pasado y al presente.

Sin embargo, esta misma confrontación demostró que para los historiadores la universalidad prevalece necesariamente sobre la identidad. Ocurrió que al menos uno de los participantes reunía en su persona las dos condiciones. El mismo organizador del congreso había presenciado, de la mano de su madre, cómo los alemanes se llevaban a rastras a su padre y lo asesinaban en la plaza de Civitella. Este historiador continuaba siendo parte del pueblo, donde pasaba el verano en la vieja casa familiar. Nadie podía negar que tanto para él como para todos los que estaban con él, la matanza tenía unos recuerdos y un significado que no podía tener para el resto de nosotros, ni que leería los documentos de los archivos de una manera diferente a cualquier otro investigador que no hubiera compartido su experiencia. Y sin embargo, como historiador se enfrentaba a la memoria histórica que el pueblo había elaborado exactamente de la misma manera que los historiadores que no tenían ninguna implicación personal en los hechos, es decir, aplicando las reglas y criterios de nuestra disciplina. De acuerdo con sus normas, y las nuestras —esto es, siguiendo los criterios universalmente aceptados de la disciplina—, el relato del pueblo debía ser confrontado con las fuentes y, según esas mismas normas, lo que

Este acontecimiento ilustra de una manera dramática el conflicto entre universalidad e identidad en la historia, así como los problemas del historiador para enfrentarse al pasado y al presente.



El problema para los historiadores profesionales es que su disciplina tiene importantes funciones políticas y sociales. Éstas dependen de su trabajo (¿quién sino el historiador descubre los hechos del pasado y escribe sobre ellos?), pero al mismo tiempo entran en conflicto con las normas de su profesión. Esta dualidad está en el corazón de nuestra disciplina.

ellos hacían no era historia, aunque la formación de esa memoria colectiva, su institucionalización y los cambios sufridos por ella durante los últimos cincuenta años sí que formaban parte de la historia. Dicha memoria podía ser investigada históricamente con los mismos métodos que los acontecimientos de junio de 1944 de los que aquella había tratado de dar cuenta. Sólo desde este punto de vista era la “cultura de la identidad (de Civitella)” importante para los historiadores de la matanza. Desde cualquier otra perspectiva era totalmente irrelevante.

En resumen, en lo que respecta a las cuestiones que la investigación histórica y la teoría pueden abordar, no había ni podía haber una diferencia esencial entre los investigadores para quienes los problemas de identidad carecían de significación o interés y aquel historiador para el que eran centrales desde un punto de vista existencial. Todos los historiadores presentes confiaban en ponerse de acuerdo sobre las preguntas a formular frente a las atrocidades nazis, aunque no se podía esperar necesariamente que se pusieran de acuerdo en las respuestas. Hubo acuerdo sobre los procedimientos para contestar dichas preguntas, sobre la naturaleza de los posibles datos que permitieran contestarlas—en tanto las respuestas dependían de la evidencia disponible—y sobre la comparabilidad de los acontecimientos que fueron experimentados por los participantes como únicos y comunicables. Por el contrario, aquellos que no estaban dispuestos a someter sus experiencias, o las de su comunidad, a dichos procedimientos, o que rehusaban aceptar los resultados de tales comprobaciones, quedaban fuera de la disciplina de la historia, por más que los historiadores respetaran profundamente sus motivaciones y sus sentimientos. De hecho hubo un notable consenso entre los historiadores presentes sobre temas sustanciales, lo que contrastaba llamativamente con el caos de variadas y conflictivas emociones que agitaba al resto de los participantes.

II

El problema para los historiadores profesionales es que su disciplina tiene importantes funciones políticas y sociales. Éstas dependen de su trabajo (¿quién sino el historiador descubre los hechos del pasado y escribe sobre ellos?), pero al mismo tiempo entran en conflicto con las normas de su profesión. Esta dualidad está en el corazón de nuestra disciplina. Los fundadores de la *Revue Historique* eran conscientes de ello cuando manifestaban, en su *avant propos* a su primer número, que: “L'étude du passé de la France, qui sera la principale partie de notre tâche, a d'ailleurs aujourd'hui une importance nationale. C'est par elle que nous pouvons rendre à notre pays l'unité et la force morales dont il a besoin.”¹

Por supuesto, nada estaba más lejos de sus confiadas y positivistas mentes que servir a la nación fuera otra cosa que buscar la verdad. Y, sin embargo, a las personas ajenas a la institución académica que necesitan y usan la mercancía que los historiadores producen, y que constituyen el segmento mayor y políticamente más relevante del mercado, les tiene sin cuidado la sutil distinción entre los

“procédés strictement scientifiques” y los “developpements oratoires”, que era tan fundamental para los fundadores de la *Revue*. Su criterio de lo que es “buena historia” se limita a “la historia que es buena para nosotros”, “para nuestro país”, “nuestra causa”, o simplemente “para nuestra satisfacción emocional”. Les guste o no, los historiadores profesionales producen una materia prima destinada al uso y abuso de los no profesionales.

El hecho de que la historia esté inextricablemente unida a la política coetánea —como la historiografía de la Revolución francesa continúa probando— no parece plantear grandes problemas hoy en día, ya que los debates entre los historiadores, por lo menos en los países donde existe la libertad intelectual, se llevan a cabo dentro de las reglas de la disciplina. Además, la mayor parte de los debates con mayor carga ideológica entre los historiadores profesionales se producen en torno a temas sobre los que los no historiadores saben muy poco y que les preocupan todavía menos. No obstante, todos los seres humanos, las colectividades y las instituciones necesitan un pasado, pero raramente éste coincide con aquel que revela la investigación histórica. El ejemplo típico de una cultura de la identidad que se ancla en el pasado a través de mitos disfrazados de historia es el nacionalismo. Hace más de un siglo Renan ya señalaba: “L’oubli, et je dirai même l’erreur historique, sont un facteur essentiel de la formation d’une nation, et c’est ainsi que le progrès des études historiques est souvent pour la nationalité un danger.” Porque las naciones son entidades recientes desde el punto de vista histórico que pretenden haber existido desde hace mucho tiempo. De manera inevitable, la versión nacionalista de su propia historia se compone de anacronismos, omisiones, descontextualizaciones y, en casos extremos, mentiras. En mayor o menor proporción esto es cierto de cualquier historia de la identidad, antigua o moderna.

En el pasado, cuando las instituciones académicas no ejercían ningún control, no había nada que evitase la pura invención histórica, como lo prueba la falsificación de manuscritos históricos (cual ocurrió en Bohemia), la escritura de un antiguo, y oportunamente glorioso, poema épico nacional escocés (el “Ossian” de James Macpherson) o la elaboración de una obra de teatro completamente inventada en la que se representaban los antiguos rituales bárdicos, como pasó en Gales (esta obra todavía constituye el clímax del National Eisteddfod, o festival cultural anual de este pequeño país). Cuando tales invenciones han de someterse al control de una comunidad académica potente y bien establecida, esto ya no es posible. Gran parte de la más temprana investigación histórica consistió en la refutación de tales invenciones y en la deconstrucción de los mitos que se habían construido sobre ellas. El gran medievalista inglés J. Horace Round basó su reputación en una inmisericorde disección de los árboles genealógicos de familias nobles británicas que decían descender de los invasores normandos. Estas comprobaciones no son necesariamente de carácter histórico. La “sábana de Turín”, por mencionar un ejemplo reciente de una de esas reliquias sagradas que hicieron la fortuna de los centros de peregrinación medievales, no resistió la prueba de datación con carbono-B a la que fue sometida.

Todos los seres humanos, las colectividades y las instituciones necesitan un pasado, pero raramente éste coincide con aquel que revela la investigación histórica. El ejemplo típico de una cultura de la identidad que se ancla en el pasado a través de mitos disfrazados de historia es el nacionalismo.



Si no hay una distinción clara entre lo que es verdad y lo que yo siento que es verdad, la consecuencia es que mi propia construcción de la realidad es tan buena como la tuya o la de cualquier otra persona, ya que "el discurso construye el mundo, no lo refleja".

La historia como ficción, sin embargo, ha recibido el refuerzo académico de un aliado inesperado: el "creciente escepticismo sobre el proyecto de racionalidad ilustrado".² La moda de lo que, al menos en el discurso académico anglosajón, se conoce con el vago término de "posmodernidad" afortunadamente no ha ganado, ni siquiera en Estados Unidos, tanto terreno entre los historiadores como entre los teóricos de la literatura y la cultura y los antropólogos sociales, pero tiene importancia ya que arroja dudas sobre la distinción entre hecho y ficción, realidad objetiva y discurso conceptual. Es, sin duda, un punto de vista profundamente relativista. Si no hay una distinción clara entre lo que es verdad y lo que yo siento que es verdad, la consecuencia es que mi propia construcción de la realidad es tan buena como la tuya o la de cualquier otra persona, ya que "el discurso construye el mundo, no lo refleja".³ Este mismo autor afirma que el objeto de la etnografía, como presumiblemente el de cualquier otra ciencia social, es producir un texto desarrollado cooperativamente en el que ni el sujeto, ni el autor, ni el lector, ni nadie, tiene el derecho exclusivo a "la trascendencia sinóptica".⁴ Si "tanto en el discurso literario como en el histórico, incluso el lenguaje presuntamente descriptivo *constituye* lo que describe" (M. P. Smith, *op. cit.*, p. 499), entonces no se puede privilegiar ninguna narración entre las muchas posibles. No es casualidad que este punto de vista haya resultado atractivo para aquellos que dicen representar a colectivos o entornos que se han visto reducidos a la marginalidad por la hegemonía cultural de algún grupo (por ejemplo, la de los varones heterosexuales blancos de clase media y educación occidental) cuya pretensión de superioridad intentan combatir. Sin embargo, esto es un error.

Sin entrar en un debate teórico sobre estas cuestiones, es esencial para los historiadores defender el fundamento de su disciplina: la supremacía de los hechos. Aunque sus textos sean en cierto sentido ficticios, ya que se trata de composiciones literarias, la materia prima sobre la que se basan estas ficciones son hechos verificables. Las pruebas demuestran que existieron los hornos crematorios nazis, y siendo esto así aquellos que niegan su existencia no escriben historia, sea cual sea la técnica narrativa que utilicen. Si alguien escribiera una novela sobre el regreso de Santa Helena de un Napoleón redivivo, esto podría ser literatura pero nunca historia. Aunque podemos decir que la historia es un arte imaginativo, se trata de un arte que no inventa sino que organiza *objets trouvés*. Esta distinción puede parecer pedante y trivial al no historiador, especialmente a aquellos que utilizan el material histórico para sus propios fines. ¿Qué le importa al público de teatro que no haya evidencia histórica de una Lady Macbeth que instigara a su marido a matar al rey Duncan, ni de unas brujas que predijeran que Macbeth sería rey de Escocia, como efectivamente ocurrió en 1040-1057? ¿Qué les importaba a los (pan-africanos) padres fundadores de los estados poscoloniales de África Occidental dar a sus países nombres de imperios africanos medievales que evidentemente no tenían conexión alguna con las modernas Ghana o Malí? ¿No era acaso más importante recordar a los africanos subsaharianos, después de sufrir el colonialismo durante generaciones, que había una

tradición de poderosos estados independientes en algún lugar del continente, aunque no precisamente en las cercanías de Accra?

Es cierto que la insistencia de los historiadores (usaremos una vez más las palabras aparecidas en el primer número de la *Revue Historique*) en “des procédés d'exposition strictement scientifique, ou chaque affirmation soit accompagnée de preuves, de renvois aux sources et de citations”,⁵ es a veces pedante y trivial, sobre todo ahora que ya no forma parte de una creencia en la posibilidad de una verdad científica positivista definitiva que le otorgaba una cierta grandeza ingenua. Sin embargo, los procedimientos legales de los tribunales de justicia, que hacen hincapié en la supremacía de las pruebas tanto como los historiadores, y a veces de una manera muy similar, demuestran que la diferencia entre hecho histórico y falsedad no es ideológica. Esta diferencia es también crucial en muchos asuntos de la vida cotidiana, aunque sólo sea porque la vida y la muerte, o lo que es cuantitativamente más importante, el dinero, dependen de ella. Cuando una persona inocente es juzgada por asesinato, y quiere probar su inocencia, no necesita las técnicas de un teórico “posmoderno” sino las de los anticuados historiadores.

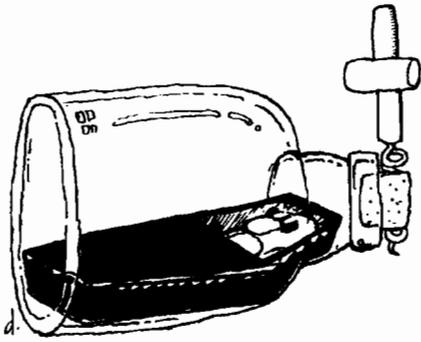
Es más, la verificabilidad histórica de las reivindicaciones políticas o ideológicas puede ser de vital importancia, especialmente cuando se recurre a la historicidad para fundamentarlas. Esto no sólo es verdad en el caso de reclamaciones territoriales de estados o comunidades, que por lo común tienen carácter histórico. La campaña antimusulmana del partido integrista hindú BJP, que produjo matanzas en gran escala en la India, basó su justificación en razones históricas: se afirmaba que la ciudad de Ayodhya era la cuna del divino Rama, por lo cual la construcción, al parecer por orden del conquistador mogol Babur, de una mezquita en un lugar sagrado hindú era un insulto musulmán a la religión hindú y un ultraje histórico. En consecuencia tenía que ser destruida y reemplazada por un templo hindú (la mezquita de hecho fue reducida a escombros por una gran multitud formada por fanáticos hindúes que habían sido movilizados por el BJP). No resulta sorprendente que los líderes de este partido declararan que “estos asuntos no pueden resolverse por medio de una decisión judicial”, ya que no existía base histórica alguna para su reclamación. Los historiadores hindúes pudieron demostrar que nadie, antes del siglo XIX, había considerado Ayodhya como el lugar de nacimiento de Rama, y también que los emperadores mogoles no tenían ninguna conexión específica con dicho templo. Asimismo, los documentos legales mostraban que la reivindicación hindú del lugar estaba en litigio. En realidad la tensión entre las dos comunidades religiosas era reciente. Era una bomba de relojería que había sido activada en 1949, cuando, en el periodo que siguió a la partición de la India y al establecimiento de Pakistán, apareció en la mezquita un falso “milagro de las imágenes”.⁶

Insistir en la supremacía de los hechos, y en la centralidad de la distinción entre hechos históricos verificables y ficción es sólo una de las maneras de ejercer la responsabilidad del historiador, y ni siquiera es la más importante ya que el nivel de falsificación histórica en la actualidad no es comparable al que hubo en otro momen-

Los procedimientos legales de los tribunales de justicia, que hacen hincapié en la supremacía de las pruebas tanto como los historiadores, y a veces de una manera muy similar, demuestran que la diferencia entre hecho histórico y falsedad no es ideológica.



La deconstrucción de los mitos políticos o sociales disfrazados de hechos históricos ha sido parte del deber profesional del historiador durante mucho tiempo, independientemente de cuáles fueran sus simpatías.



to. Leer los deseos del presente en el pasado (lo que técnicamente se conoce como anacronismo) es la herramienta más común y más práctica para crear una historia que satisfaga las necesidades de lo que Benedict Anderson ha llamado colectivos o “comunidades imaginadas”, que no son en modo alguno exclusivamente las nacionales.⁷

La deconstrucción de los mitos políticos o sociales disfrazados de hechos históricos ha sido parte del deber profesional del historiador durante mucho tiempo, independientemente de cuáles fueran sus simpatías. Los historiadores británicos están, en ello confiamos, tan comprometidos con la libertad en Gran Bretaña como cualquiera, pero ello no les impide criticar su mitología. A todos los niños británicos se les enseñaba en la escuela que la Carta Magna fue el cimiento de la libertad en Gran Bretaña, pero después del estudio monográfico que McKenzie publicó en 1914 cualquier estudiante universitario de historia británica ha tenido que aprender que el documento que los barones arrancaron del rey Juan en 1225 no pretendía ser una declaración de la supremacía del parlamento y de la igualdad de derechos de los ingleses nacidos libres, aunque la retórica política inglesa vino a considerarlo así mucho más tarde. Una actitud crítica y escéptica frente al anacronismo histórico es probablemente hoy la mejor manera que los historiadores tienen de demostrar su responsabilidad pública. El papel público más importante que tienen, especialmente en los numerosos estados fundados o reconstituidos después de la Segunda Guerra Mundial, es practicar su disciplina de tal manera que constituyan “pour la nationalité” (y para cualquier otra ideología de identidad colectiva) “un danger”.

Esto se hace evidente de un modo dramático en aquellas situaciones en las que los conflictos internacionales giran sobre el gozne de los argumentos históricos, como ocurre en la fase actual de la siempre explosiva cuestión de Macedonia. Todo lo que rodea esta candente situación, en la que se hallan involucrados cuatro países y la Unión Europea y que podría desencadenar de nuevo una guerra en los Balcanes, es histórico. La historia que las principales partes en conflicto blanden de manera ostensible es muy antigua, ya que tanto Macedonia como Grecia (que incluso rechaza que cualquier otro estado independiente haga uso del nombre) reivindican la herencia de Alejandro el Grande. La historia real, en cambio, tiene un origen relativamente contemporáneo, puesto que la disputa actual entre Grecia y sus vecinos surge de la división de Macedonia después de los conflictos bélicos en los Balcanes en 1912 entre Grecia, Serbia y Bulgaria. Toda Macedonia había formado parte anteriormente del Imperio Otomano y la mayor parte de ella quedó luego en manos griegas. La parte del territorio, amplio pero mal definido (ya que el Imperio Otomano no usó este nombre), de la Macedonia anterior a 1913 a la que tienen derecho los estados formados posteriormente, ha estado siempre en discusión en el ámbito de la investigación académica, en especial desde el punto de vista etnográfico y lingüístico. Los argumentos griegos, que son los que más se escuchan en estos momentos, descansan en un uso anacrónico de la historia, ya que las razones étnicas y lingüísticas probablemente favorecen más las reclamaciones eslavas y las posibles reivindicaciones

albanesas. Es algo así como decir que Francia puede reivindicar Italia porque Julio César invadió la Galia. Un historiador que se manifieste en este sentido no está necesariamente movido por un prejuicio en contra de los griegos o en favor de los eslavos, aunque su postura sea más popular en Skopje que en Atenas. Si el mismo historiador afirma que gran parte de la población de la mayor ciudad de Macedonia (antes de su división), Salónica, no se podía identificar como griega o eslava sino ciertamente como musulmana y judía, recibiría las iras de los fanáticos nacionalistas de tres países.

Sin embargo, casos como éstos también sugieren las limitaciones de la función de los historiadores como destructores de mitos. En primer lugar, la fuerza de su crítica es negativa. Popper nos enseñó que la prueba de la falsación puede demostrar que una teoría es insostenible, pero no nos proporciona una mejor. En segundo lugar, podemos demoler un mito siempre que éste se base en proposiciones cuya falsedad pueda ser demostrada. Forma parte de la naturaleza de los mitos históricos, especialmente de los mitos nacionales, el que sólo una parte pequeña de sus proposiciones pueda ser desacreditada. El ritual nacional israelita construido en torno al sitio de Masada no depende de la verdad históricamente verificable de la leyenda patriótica aprendida por los escolares israelitas y los visitantes extranjeros, y por lo tanto no se ve seriamente afectado por el justificado escepticismo de los historiadores especializados en la historia de la Palestina romana. Es más, incluso cuando es posible someter un mito a la prueba histórica, si los testimonios no existen, son defectuosos, contradictorios o circunstanciales, aun la proposición menos plausible es imposible de refutar. Los hechos pueden demostrar de modo concluyente, en contra de aquellos que lo niegan, que el genocidio judío en la Alemania nazi ocurrió, pero aunque ningún historiador serio duda de que Hitler quería la "solución final" no se puede demostrar que diera una orden específica en ese sentido. Dado el modo de operar de Hitler es muy improbable que diera tal orden por escrito, y de hecho no se ha encontrado. De manera que, mientras que no es difícil descartar la tesis de M. Faurisson, no podemos, sin una compleja argumentación, rechazar la de David Irving, como hacen la mayoría de expertos en este campo.

La tercera limitación de la función del historiador como zapador de mitos es todavía más obvia. En el corto plazo son impotentes frente a aquellos que eligen creer en el mito histórico, especialmente si detentan el poder político que, en muchos países, y particularmente en los numerosos estados de reciente formación, lleva aparejado el control sobre las escuelas, que todavía constituyen el canal más importante de transmisión de la información histórica. No debemos olvidar, por otra parte, que la historia —en especial la historia nacional— ocupa un lugar muy relevante en todos los sistemas de educación pública. Las críticas de los historiadores indios a los mitos históricos del fanatismo hindú pueden convencer a sus colegas universitarios pero no a los fanatizados seguidores del partido BJP. Los historiadores croatas y serbios que se oponen a la imposición de una leyenda nacionalista sobre la historia de sus estados, han tenido menos influencia que los furibundos nacionalistas de las

La tercera limitación de la función del historiador como zapador de mitos es todavía más obvia. En el corto plazo son impotentes frente a aquellos que eligen creer en el mito histórico, especialmente si detentan el poder político que, en muchos países, y particularmente en los numerosos estados de reciente formación, lleva aparejado el control sobre las escuelas, que todavía constituyen el canal más importante de transmisión de la información histórica.



La historia de las grandes colectividades —nacionales o de otro tipo— no descansa sobre la memoria popular, sino en lo que los historiadores, cronistas o anticuarios han escrito acerca del pasado, directamente o en los libros de texto, sobre lo que los profesores han enseñado a sus alumnos basándose en dichos manuales, sobre la transformación que de todo este material han hecho los escritores de ficción, los productores cinematográficos o los realizadores de programas de televisión y video.

diásporas croata y serbia que se alimentan de una mitología nacionalista inmune a la crítica histórica.

III

Estas limitaciones no disminuyen la responsabilidad pública de los historiadores. Su responsabilidad descansa fundamentalmente, como hemos indicado antes, en el hecho de que la ocupación del historiador es la elaboración de la materia prima que luego es utilizada para la propaganda y la mitología. Debemos ser conscientes de que esto es así, particularmente en un momento en el que los modos alternativos de preservar el pasado —la tradición oral, la memoria familiar, todo aquello que depende de la efectividad de la comunicación intergeneracional que está en vías de desintegración en las sociedades modernas— están desapareciendo. De todos modos, la historia de las grandes colectividades —nacionales o de otro tipo— no descansa sobre la memoria popular, sino en lo que los historiadores, cronistas o anticuarios han escrito acerca del pasado, directamente o en los libros de texto, sobre lo que los profesores han enseñado a sus alumnos basándose en dichos manuales, sobre la transformación que de todo este material han hecho los escritores de ficción, los productores cinematográficos o los realizadores de programas de televisión y video. Incluso el *Hamlet* de Shakespeare está basado, aunque de modo un tanto remoto, en la obra del cronista danés Saxo Grammaticus. Es esencial que los historiadores tengan esto siempre presente. Las cosechas que recogemos en los campos de la historia pueden acabar siendo una forma de opio del pueblo.

Es cierto, por supuesto, que la imposibilidad de separar la historiografía de la política y de la ideología contemporáneas —como dijo Croce, toda historia es historia contemporánea— abre el camino al mal uso de la historia. Los historiadores no se colocan, ni pueden hacerlo, al margen del objeto de estudio como si fueran observadores objetivos y analistas *sub specie aeternitatis*. Todos nosotros estamos inmersos en las ideas de nuestro tiempo y nuestro espacio, aunque nos dediquemos a una tarea tan alejada de las pasiones contemporáneas como la edición de viejos textos. Muchos de nosotros, como el fundador de la *Revue Historique*, estamos encantados de producir obras que pueden ser de utilidad para nuestro pueblo o nuestra causa. No hay duda de que nos vemos tentados a interpretar nuestros hallazgos del modo más favorable para la causa y de que podemos caer en la tentación de abstenernos de investigar aquellos asuntos que puedan enturbiar su imagen. No resulta sorprendente que los historiadores hostiles al comunismo fueran mucho más proclives a investigar el trabajo forzado en la URSS que aquellos que le profesaban simpatía. Puede incluso que nos veamos tentados, si damos con ellos, a permanecer en silencio frente a datos poco favorables, aunque nuestra conciencia de investigador no quede muy tranquila. Después de todo, no hay una línea precisa que separe la *suppresio veri* de la *suggestio falsi*. Lo que no podemos hacer sin dejar de ser historiadores es abandonar los criterios de

nuestra profesión. No podemos decir que es verdad aquello que podemos demostrar que es falso. En esto diferimos completamente de los que no tienen estas limitaciones.

Sin embargo, el mayor peligro no reside en la tentación de mentir que, después de todo, no sobrevive con facilidad el examen de otros historiadores en una comunidad intelectual libre, aunque la autoridad y la presión política proporcionan un buen baluarte para la falsedad incluso en algunos estados dotados de una constitución. El peligro está en la tentación de aislar la historia de una parte de la humanidad —la propia del historiador, por nacimiento o elección— de su contexto más amplio.

Las presiones externas e internas para que esto ocurra pueden ser muy grandes. Nuestras pasiones y nuestros intereses nos pueden espolear en esa dirección. Cualquier persona judía, por ejemplo, sea cual sea su ocupación, acepta instintivamente la pertinencia de una pregunta que, durante siglos preñados de amenazas, se ha hecho frente a cualquier acontecimiento sucedido en el mundo. “¿Es bueno para los judíos?, ¿es malo para los judíos?” En tiempos de discriminación y persecución esto proporcionaba una guía —aunque no necesariamente la mejor— para el comportamiento público y privado, una estrategia a todos los niveles para gente que se encontraba diseminada por el mundo. Sin embargo, tal actitud no debe guiar al historiador judío, aun cuando éste se dedique a la historia de su propio pueblo. Los historiadores, por muy microcósmicos que sean, deben estar en favor del universalismo, no sólo por lealtad a un ideal al que muchos de nosotros permanecemos fieles, sino porque es una condición necesaria para entender la historia de la humanidad, y de cualquier parte de ella. Todas las colectividades humanas son y han sido necesariamente parte de un mundo más extenso y complejo. Una historia pensada sólo para los judíos (o los afroamericanos, griegos, mujeres, proletarios u homosexuales) no puede ser una buena historia, aunque pueda resultar reconfortante para los que la practican.

Desgraciadamente, como lo demuestra la situación en muchas partes del mundo en este fin de milenio, la mala historia no es inocua. Es una historia peligrosa. Frases escritas en teclados aparentemente inofensivos pueden convertirse en sentencias de muerte.

Los historiadores, por muy microcósmicos que sean, deben estar en favor del universalismo, no sólo por lealtad a un ideal al que muchos de nosotros permanecemos fieles, sino porque es una condición necesaria para entender la historia de la humanidad, y de cualquier parte de ella.



Notas

* Publicado originalmente en *Diógenes*, núm. 168, 1994. Traducción de José Carazo.

¹ G. Monod y G. Fagniez, “Avant-propos”, *Revue Historique*, vol. I, núm. 1, 1876, p. 4.

² Michael Smith, “Postmodernism, Urban Ethnography, and the New Social Space of Ethnic Identity”, *Theory and Society*, núm. 21, agosto de 1992, p. 493.

³ Stephen A. Tyler, *The Unspeakable*, Madison, 1987, p. 171.

⁴ Stephen A. Tyler, “Post-Modern Ethnography: From Document of the Occult to Occult Document”, en James Clifford y George Marcus

(eds.), *Writing Culture, The Poetics and Politics of Ethnography*, 1986, pp. 126, 129.

⁵ G. Monod y G. Fagniez, *op. cit.*, p. 2.

⁶ Romilla Thapar, "The Politics of Religious Communities", *Seminar* 365, enero de 1990, pp. 27-32.

⁷ Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres, 1991.

Revisar la evidencia: el juez y el historiador

Carlo Ginzburg

Carlo Ginzburg es profesor de la cátedra "Franklin D. Murphy" de Estudios sobre el Renacimiento Italiano en la Universidad de California, Los Ángeles. Sus libros más recientes son: *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre* (Barcelona, Muchnik, 1991) y *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri* (Madrid, Anaya/Mario Muchnik, 1993). Este ensayo se publicó en *Critical Inquiry* (otoño de 1991). Traducción de Lligany Lomelí.

1

La palabra *evidencia*, al igual que *pista* o *prueba*, es crucial para el historiador y el juez. Esta afinidad encierra coincidencias y diferencias que se dan por supuestas desde hace tiempo. Ciertos cambios recientes en el quehacer del historiador arrojan nueva luz sobre este viejo tema.¹

Durante los últimos 2,500 años, desde el comienzo del género literario que llamamos "historia" en la Grecia antigua, la relación entre la historia y la ley ha sido muy estrecha. En efecto, la palabra griega *historia* se deriva del léxico médico, pero la habilidad argumentativa que lleva implícita se relaciona con la esfera judicial. La historia, como lo señaló Arnaldo Momigliano hace algunos años, surgió como una actividad intelectual independiente en el entronque de la medicina y la retórica. Siguiendo el ejemplo de la primera, el historiador analizaba casos y situaciones específicas en busca de sus causas naturales; siguiendo las fórmulas de la segunda —una técnica o un arte, nacido en los tribunales—, el historiador comunicaba los resultados de su investigación.²

En la tradición clásica, la escritura histórica —lo mismo que la poesía— tenía que contar con un rasgo que los griegos llamaban *enargheia* y los romanos *evidentia in narratione*: la habilidad de transmitir una representación vívida de personajes y situaciones.